

COFRADÍA LAS SIETE PALABRAS
Francisco Cerro Chaves, obispo de Coria-Cáceres

Homilía

SEMANA SANTA 2014

Sermón de las Siete Palabras

18 de abril de 2014

Querido don Ricardo, arzobispo de Valladolid; autoridades religiosas, civiles y militares; consiliario y alcalde-presidente de la Cofradía de las Siete Palabras; queridos amigos y hermanos:

Es para mí un gran honor poder estar aquí hoy para pregonar las *Siete Palabras* de Jesucristo en la Cruz. Muchas gracias a todos por estar aquí; muchas gracias, también, porque me siento arropado por todos ustedes. Valladolid forma parte de mi vida; aquí viví años intensos con el inolvidable D. José Delicado Baeza y con un pastor bueno llamado don Marcelo. Vengo de Extremadura, de mi Diócesis milenaria de Coria-Cáceres, y me encanta esta gente castellana, transparente como el agua cristalina.

La pasión de la gente, su sufrimiento, está asociada a la pasión de Cristo; si no penetramos en el misterio de la pasión de Cristo, no sabemos qué decir a la persona que sufre de manera desesperada. Sobre todo, hay que consolarles, confortarles, como Jesús fue confortado en Getsemaní; hay que confortar, y con mucha delicadeza: es todo un arte. Sería bueno que los experimentados iniciaran a los que comienzan sobre la manera de tratar a los enfermos, a los que viven solos, a los que se encuentran en todas las periferias existenciales, como nos recuerda el papa Francisco.

Tratar a los que sufren es un oficio delicado; implica ayudar, animar y, al mismo tiempo, dar sentido pleno a la vida. Es una circunstancia que no se afronta por un cierto miedo, por un cierto temor; sin embargo, suele ser enormemente confortante para todos. Hay que procurar abrir nuevos horizontes al

su corazón, está su herida. Quienes aman siempre están heridos; lo que hay que pedir al Dios de la vida es que nuestras heridas estén abiertas para entregarnos por amor, como Jesús. El despojo de Jesús en la cruz es un elemento que hace reflexionar siempre.

Contemplamos a un Jesús ensangrentado, flagelado, con la corona de espinas. Jesús despojado se ofrece, se entrega, entre burlas, desnudo; es lo que más impresiona en la cruz. Por ello, la cruz siempre significa acercarnos a la realidad de un amor que se hace vida entregada. La cruz no es el destino, pero sí es el camino, la dirección obligatoria para llegar a la resurrección y a la vida.

Cuando Jesús sale en busca de los que vienen a prenderle, lo que Juan quiere destacar es su prontitud en ofrecerse. Él se adelanta, Él se entrega; Él mismo abraza la cruz para ser crucificado entre dolores espantosos, entre el desprecio. Es lo que se representa en *El expolio*, el famoso cuadro de El Greco. Es el Jesús que no arrastra la cruz, sino que se abraza a ella, como si se abrazase a cada uno de nosotros; nos quiere con locura.

Cuando contemplamos a Cristo crucificado, tenemos que verlo desde el interior, desde su corazón, desde esa prontitud de ofrecimiento: "No me quitan la vida; la doy por amor a ti". Cuando se destaca que Jesús va a ser entregado en manos de sus enemigos, podemos añadir que lo despreciaban. Es quizás lo que más nos duele a nosotros: las burlas, los desprecios y que no nos tengan en cuenta; es el rechazo del que *«vino a los suyos y los suyos no le recibieron»*, como explica san Juan en el prólogo de su Evangelio (Jn 1,11).

Esa alma afirma que está alegre, contenta, aun en medio del sufrimiento. Lo que nos cuesta entender es que en la humillación, en el momento en que se siente más hundido, es cuando está realizando la redención. La Palabra encarnada que nace en Belén se hace ahora Palabra silenciada y rechazada, y Jesús, *«como cordero llevado al matadero»*, nos ama más, no se echa atrás ante el dolor. Las burlas son también las de sus compañeros de suplicio; los dos blasfemaban contra Él, una blasfemia deliberada: *«Si Tú eres el Mesías, el Salvador, sálvate a Ti y sálvanos a nosotros»*. Y Jesús, como respuesta, calla, calla... Jesús, en la pasión, va ofreciendo a todos, uno a uno, su amor incondicional; nadie te ama como Él.

En crucificado entre dos malhechores, también se tiene un profundo significado. La narra todos

uno en medio de nosotros, para salvarnos. Y los hombres se colocan a su derecha y a su izquierda, como Él anuncia que sucederá en el Juicio final; la muerte de Jesús es una anticipación del Juicio final. Él es constituido Juez misericordioso, y la suerte de cada uno de nosotros la determina nuestra postura ante Cristo crucificado.

Todos nosotros estamos representados en esos dos malhechores; todos nosotros somos crucificados, condenados a muerte. Todos crucificados en la cruz que tenemos cada uno, que llevamos cada día; la muerte es nuestro término, y Jesús está en medio de nosotros. Cristo es la mayor declaración de amor del Padre a cada persona; es el "te quiero" para siempre.

Tenemos que pensar cuál es nuestra postura ante los compañeros de peregrinación que el Señor nos pone, aquellos con los cuales estamos crucificados, y ellos con nosotros. Debemos interpelarnos: "¿Qué hago con ellos?". Jesús calla y se ofrece en silencio en una actitud admirable; el silencio de Jesús es la palabra que llega hasta el corazón, y es la palabra de su Amor silencioso.

Las palabras de Jesús en la cruz son siete, pero yo siempre digo que son cinco, porque dos de ellas son recitación de salmos, y las otras cinco son realmente palabras suyas. Yo diría que incluso hay una "octava Palabra" de Jesús, que es la herida de su corazón abierto; su corazón está siempre abierto. Por ello, he querido darle a cada palabra de Jesús la perspectiva de que está "herido de Amor", y todas ellas se explican al abrir su corazón la lanza (cf. Jn 19,34). Esas palabras de Jesús nos revelarán los matices de su amor redentor. Jesús levanta su voz con un grito de oración y de perdón.

1. «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23,34) - La herida abierta del perdón

Jesús hace uso de lo que es verdaderamente propio de Él, o, al menos, ha hecho propio, cuando se dirige a Dios con la palabra «Abba», que era exclusiva de Él. Empieza por ese grito: "Abba, papá,

fue preguntada por el motivo de la visita a los asesinos, les contestó: "Hemos venido a perdonar. No se extrañen ustedes, porque lo hemos aprendido de Jesús, en la catequesis de nuestra parroquia".

A pesar del trato que nos hayan dado determinadas personas en determinados momentos, hay que aprender del Señor el perdón. El perdón viene del amor; Jesús está ofreciendo su vida para el perdón de los pecados. Esa palabra de Jesús lo muestra como triunfador; a los oídos de los sacerdotes, escribas y fariseos, aparece como triunfador.

Primero, Jesús llama a Dios «*Abba*», lo cual es declararse hijo; eso no es propio de un hombre cualquiera. Segundo, intercede por los que le torturan; eso no es propio de un malhechor. El justo intercede por ellos, como se dice de Job: «*Él intercederá por nosotros*». Por eso, contemplando la escena, con esta poesía anónima, decimos:

«No me mueve, mi Dios, para quererte / el cielo que me tienes prometido, / ni me mueve el infierno tan temido / para dejar por eso de ofenderte. / Tú me mueves, Señor, muéveme el verte / clavado en una cruz y escarnecido; / muéveme ver tu cuerpo tan herido, / muévenme tus afrentas y tu muerte. / Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera, / que aunque no hubiera cielo, yo te amara, / y aunque no hubiera infierno, te temiera. / No me tienes que dar porque te quiera, / pues aunque lo que espero no esperara, / lo mismo que te quiero, te quisiera».

2. «En verdad te digo: Hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lc 23,43) - La herida de dejarse robar el corazón

Al escucharle, el buen ladrón siente aliento; la palabra debió de entrar hasta el fondo de su corazón, y la rebelión cedió paso a la comprensión, signo del verdadero cambio en el corazón. Se vuelve abierto; está abierto el camino para el reconocimiento de sus pecados. Ante ese grito de perdón, él debió de pensar: "Si hasta la acción de sus verdugos se puede perdonar, también se podrá perdonar mi vida, mi

3. «*Mujer, mira a tu hijo. Hijo, mira a tu Madre*» (Jn 19,26) - La herida del amor entregado

Al llegar la hora sexta, toda la región quedó en tinieblas hasta la hora nona. Es un fenómeno que suele darse en Palestina en el mes de abril, y lo provoca el viento sur negro, que arrastra arena oscura y rojiza. Las tinieblas envuelven el Calvario; una imagen, por otra parte, real, ya que sin Jesús todo permanece en oscuridad y tinieblas.

Vamos a fijarnos ya en la otra palabra preciosa dirigida a María, que es un modelo al que debemos contemplar.

Su postura fue siempre discreta, en lo más normal de la vida diaria y en medio de las otras mujeres que están ahí, que estaban también al pie de la cruz. Su Madre fue la mujer que creyó que para Dios nada hay imposible. Un grupo de mujeres, y María entre ellas, como las demás; las grandes misiones se cumplen en la naturalidad de la sencillez diaria. María está de pie, no desmayada, en pleno ejercicio de su misión, unida al Redentor, como la nueva Eva, y profundiza en el misterio, como revelación y obra del amor de Dios; en ella no hay gestos de lástima o de petición de que baje de la Cruz. María está cumpliendo su misión con inmenso dolor, pero con una penetración del misterio que está sucediendo y que Juan nos cuenta. Y en ese momento, Jesús se dirige a ella y le dice: «*Mujer, imira a tu hijo!*»; no simplemente: "Mujer, ahí tienes a tu hijo".

Es la misma expresión de san Juan Bautista cuando dice: «*Aquí está el Cordero de Dios*» (Jn 1,29.36). ¡Mira el Cordero de Dios!, es decir, considera a Jesús como Cordero de Dios, con esa mirada penetrante de fe que va más allá de lo que captan los ojos. Cuando levantamos la hostia, decimos: «*Este es el Cordero de Dios*»; la forma más exacta sería: "¡Mirad este Cordero de Dios!", es mirada de fe. Ella escucha lo que le dicen a Jesús: «*Bájate de la cruz*». Menos mal, Señor, que no te bajaste de la cruz. ¿Qué sería de nosotros si te hubieras bajado de la cruz? Cuántos hombres y mujeres siguen crucificados por la muerte, la enfermedad, el paro, en todas las crisis, y no se bajan de la cruz. ¡Menos mal que no te bajaste de la

No dice "Padre"; Jesús, simplemente, recita el salmo del momento de angustia, como nosotros tenemos algunos salmos o cantos para determinadas circunstancias. Muchos judíos tenían para los momentos de dolor el Salmo 21; algunos judíos también lo recitaron cuando entraron en el campo de concentración de Auschwitz.

Jesús reza ese salmo, lo proclama. Se consideraba mesiánico; por tanto, es indudable que, en el Mesías, tiene una profundidad especial, que es la de su situación mesiánica, en ese momento en que está cargado con el pecado del mundo. Él quizá no siente en su interior la presencia del consuelo del Padre, y sí siente la presencia y la gravedad del pecado, y en ese pecado lo que experimenta es, no que el Padre le abandone, que no lo ha hecho nunca, sino cómo el pecado se aleja de Dios, rechaza a Dios. Y, en ese sentido, clama por su estado y su situación con ese sufrimiento, recitando ese Salmo 21.

«¿Por qué me has abandonado?». Lo dice con la fuerza de su situación real. En estos momentos, cuando uno recuerda tantos pecados de la Iglesia, experimenta que el mismo Cristo, en su cuerpo, que es la Iglesia, vive el inmenso dolor, como decía el papa Francisco, de no ser coherente con las exigencias del Evangelio. La Iglesia es humilde cuando reconoce los pecados que tanto hieren el corazón de Dios, por parte de sus hijos predilectos.

5. «Tengo sed» (Jn 19,28) - La herida de la sed de amor

«Tengo sed». ¿Sed de qué? Como Jesús le dice a la samaritana (cf. Jn 4,1-26), sed de amor, de redención, de salvación.

La Palabra anterior es la culminación de la obra de Cristo, que es la constitución de la Iglesia al pie de la Cruz, la nueva humanidad, la generación nueva; se ha cumplido lo que Él tenía que hacer. Y ahora dice «tengo sed», y con ese «tengo sed» indica el comienzo de la acción del Espíritu Santo, que es evangelizar y saciar a todos, especialmente a los más pobres, con el amor de Jesús.

Lo que el Padre le encomendó ya está hecho: *«Todo está cumplido»*. El Evangelista lo recoge diciendo que Jesús da la vida llevando hasta el extremo su amor por ti y por mí.

7. *«Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23,46) - La herida de la aceptación*

De nuevo se cita el salmo que rezamos en Completas cada día: *«A tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu; Tú, el Dios leal, me librarás»*. Solo aquí es apropiado; allí dice "Tú, el Dios fiel", y aquí dice: "Abba, Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu". Es el abandono confiado de la obra de la redención en manos del Padre y de su Iglesia, con la confianza que sostiene toda su acción redentora. El Señor se fía de mí; confía más en mí que yo en Él.

«Inclinando la cabeza, entregó el espíritu». Ese inclinar la cabeza indica un "sí" pronunciado voluntariamente, deliberadamente; el gran "sí" de Cristo a la voluntad del Padre, el "sí" de la entrega de su vida, del amor. Inclino la cabeza, dio su "sí"; se sometió al Padre. Él ama, e inclina la cabeza dando ese "sí" cósmico, inclinándola hacia María y Juan, hacia la Iglesia. *«Inclinando la cabeza, entregó el espíritu»*: No solo murió, expiró, sino que también entregó el espíritu, comunicó el Espíritu Santo.

San Juan ve así la muerte de Jesús, inundada de su glorificación en esa mirada. La humanidad de Cristo inmolada, glorificada, como comunicación del Espíritu a través de esa humanidad de Cristo. Muriendo, entregó la vida; muriendo Él, nos da la vida. *«Inclinando la cabeza, entregó el Espíritu»*. Esto lo volverá a repetir con insistencia, como una constante, a partir de este momento. Muriendo, dio la vida y entregó la vida nueva, el Espíritu.

"Octava Palabra" - La herida del corazón abierto